



Afirmar Dios hoy (1/2)

1. Una opción esencial

Se trata en este caso de justificar una opción, y una opción muy importante, la de la aceptación o el rechazo de Dios. El hombre se encuentra aquí frente a una alternativa fundamental, ya que de esta opción dependerá el significado de su vida y de su destino. Por eso, sea cual fuere la respuesta que se dé, esta opción es esencial.

Por tanto, no es una cuestión neutra o secundaria. Es realmente una cuestión existencial, es decir, en el sentido propio de la palabra, una cuestión que está en el corazón de la existencia, una cuestión que compromete al hombre por completo en toda su vida en lo que ésta de más concreto. Y precisamente porque compromete toda la existencia, esta cuestión no puede resolverse tan sólo a fuerza de argumentos intelectuales a favor de una u otra tesis. Supone un compromiso real del hombre y la respuesta que se le dé no puede ser más que el fruto de una decisión libre, voluntaria y maduramente refleja.

En efecto, es una cuestión que exige una respuesta... aunque esta respuesta sea una negativa a responder. Pues, concretamente, no responder ni sí ni no, o permanecer indefinidamente en la duda perpetua sin poder zanjar la cuestión, es también responder, ya que en la vida, y en lo que la vida hay de más cotidiano, se hacen necesariamente opciones, aunque sólo sea cesando de optar y dejándose llevar por la vida...

Esta decisión nos comprende pues por entero tanto en nuestra inteligencia como en nuestra sensibilidad, tanto en nuestra vida material como en nuestra vida espiritual en el sentido más amplio de la palabra. Por eso los argumentos intelectuales o morales, o los testimonios, o la revelación cristiana, si se utilizan solos y por separado, no pueden arrastrar la decisión. Se trata de una opción global, realizada a partir de las reflexio-

nes que surgen en torno a las "pruebas de la existencia de Dios" y a partir de nuestra vida concreta.

"En efecto, sea cual fuere el punto de partida de mi marcha hacia Dios... sólo lo alcanzaré mediante una marcha personal que es un compromiso de libertad, mediante una comprensión que no es verdadera más que cuando es participante." (B. Montagnes)

En otras palabras, si bien esta opción, sea la que fuere, puede y debe justificarse por la razón, pertenece inevitablemente al orden de la toma de posición voluntaria y del compromiso. El creyente sabe que no puede totalmente justificar la opción por Dios, lo mismo que el ateo sabe que tampoco él puede dar preferentemente cuenta de su propia posición. Se trata de una decisión eminentemente libre, pero de una decisión que, una vez más, está lejos en ambos casos de ser irracional, ya que

"No puede haber "verdadera decisión de libertad" que pueda prescindir de un "proceso racional" totalmente coherente y riguroso" (Labarnière)

Así, pues, opción libre no significa ni mucho menos opción arbitraria. Y hoy es perfectamente posible al creyente, al no poder "probar" que Dios existe –algo que es imposible, justificar su opción de una forma razonable y coherente. ¿Cómo?

Planteando, la cuestión del significado de la existencia del universo y del sentido de su propia vida en este conjunto.

2. La cuestión del sentido.

Esta problemática nos ha llevado a plantear la cuestión del sentido de la existencia. "¿Tiene la vida humana un sentido?, ¿tiene el hombre un destino?. Querámoslo o no, añadirá, todos estamos comprometidos en concre-

to. No podemos eludir las exigencias de lo real.

“De una forma o de otra, el hombre está embarcado... Inconscientemente o no, reconoce un sentido a lo que vive. Impregna de él sus pensamientos, sus hábitos, sus decisiones. Lo expresa prácticamente a través de sus afectos, de sus relaciones, de sus trabajos, de sus posiciones políticas y de la forma como concibe sus ratos de ocio... A falta de lenguaje explícito, traduce el sentido de su vida en su acción. Compromete en él su libertad y su fe. En estas condiciones, negarse a iluminar las cuestiones fundamentales es inevitablemente abandonarse a los azares de opiniones irracionales”. (J. Mouse).

Para todos esta cuestión es esencial, y la respuesta se compone de una totalidad en la que se entremezclan indisolublemente nuestras experiencias, nuestros encuentros, nuestra educación, nuestras lecturas, nuestros sentimientos, nuestra personalidad en lo que tiene de más íntimo, nuestro temperamento, nuestro cuerpo y nuestro mismo inconsciente.

En el corazón de esta cuestión se encuentran... Dios y el hombre. No se puede ya hablar de Dios sin hablar del hombre. Estas dos cuestiones son ahora inseparables. Reflexionar sobre Dios es reflexionar sobre el hombre, y no se puede pensar en el hombre sin plantearse la cuestión de Dios (aunque sea para refutarla). Por tanto, la cuestión es finalmente la del hombre en cuanto tal frente a Dios. ¿Será Dios un freno a su desarrollo o le ayudará a vivir plenamente su vida?

Precisemos los dos términos de esta alternativa a partir de las “pruebas” de la existencia de Dios.

3. Los dos términos de la alternativa.

- a) El vértigo de lo infinito y la tentación del nihilismo.

En primer lugar, ¿qué ocurrirá si se niega la hipótesis de la existencia de Dios? Al negar la existencia de Dios, el ateo no encuentra la razón de ser

fundamental del mundo del hombre. Al negar a Dios, se decide contra una finalidad y un sentido últimos de la realidad. No hay nada que explique, que justifique realmente la existencia del mundo y su propia existencia. Estamos entonces, como dice Sartre siguiendo a Heidegger, “abandonados” en un mundo en el que el hombre no puede hacer más que

descubrir su soledad total... (en un) universo sordo a su música, indiferente a sus esperanzas, como a sus sufrimientos y a sus crímenes”. (J. Monod)

La “muerte de Dios” es, en efecto, un acontecimiento inmenso de consecuencias inimaginables, ya que con ella aparecen el frío y la noche mortal del nihilismo, es decir, la convicción de la contradicción total, del sin-sentido y del no-valor de la realidad. Nietzsche es sin duda el filósofo que mejor ha mostrado el aspecto “suicida” para el hombre de esta muerte de Dios. En efecto, entonces ya no hay nada claro, evidente, sólido. Desaparecido su soporte, los valores habituales se derrumban. No hay respuesta alguna a la pregunta: ¿por qué? Falta una meta. Aparece el vértigo de la nada.

- b). Dios como fundamento último de la realidad.

Si, por el contrario, se admite que Dios existe, ¿qué ocurrirá con nuestra comprensión del mundo y de nosotros mismos? Encontraremos en él el sentido último de la realidad y de nosotros mismo. Dios, en esta hipótesis, será a la vez el origen primero de mi vida, el sentido último de mi vida y la esperanza que engloba mi vida. Será al mismo tiempo el fundamento, el origen, el apoyo y el fin de toda la realidad. Dios será entonces la respuesta al carácter esencialmente problemático de la realidad. “La afirmación de Dios, a pesar de su dificultad, da coherencia, valor y sentido a la vida” afirma J. Lacourt.